

LA NACION

Diario independiente, fundado en 1946

Editorial

LN-23-8-87

El viacrucis de un plan

Los primeros pasos encaminados a poner en práctica los compromisos contraídos en el Plan de Paz, suscrito en Guatemala, el 7 de agosto pasado, han revelado la magnitud de la obra, la complejidad de los obstáculos y, sobre todo, la insinceridad y peligrosidad del régimen de Nicaragua.

Pareciera que el jubiloso y desenfadado apoyo de los dirigentes y agrupaciones comunistas —o de sus mil y un grupos de fachada— al documento de paz fuese menos una probabilidad de cumplimiento que un indicio claro de su fragilidad, al cercenar éstos el nexo entre paz y democracia, y partir, tal como lo suscribieron los comandantes en la primera reunión de Esquipulas, de un concepto diametralmente opuesto del hombre y de la vida en sociedad.

Aquella declaración de principios —la única ratificada con sinceridad por el régimen de Managua— explica, mejor que cualquier verificación, la realidad actual de Centroamérica y alumbra, por lo tanto, con luz mortecina el viacrucis futuro de esta región. Las proclamas de respaldo y alborozo de los grupos comunistas o próximos a ellos no son, pues, palmas de domingo de ramos, sino pasión de viernes santo, sin atisbos de resurrección.

Tal como lo expresamos en nuestro editorial del 20 de agosto anterior, hay que reparar en los hechos y solamente en los hechos de los comunistas, no en sus promesas.

Ambos —hechos y promesas— han comenzado a trenzarse en estos días. El comandante Bayardo Arce declaró, el 20 de agosto, que su gobierno estudia la posibilidad de adelantar el cumplimiento de "algunos acuerdos" del pacto de pacificación. Los hechos, sin embargo, presentan el verdadero rostro y el alma del régimen: mientras la resistencia nicaragüense anuncia la aceptación plena del Plan de Paz y su decisión de entablar conversaciones directas con el gobierno, orientadas a acordar un cese del fuego, éste les responde con el calificativo de "connotados criminales" y reitera su voluntad de negociar solamente

con los Estados Unidos.

Dos escenarios: mientras el presidente Duarte, de El Salvador, les tiende la mano a los guerrilleros para pacificar el país y sirve de conducto para que la insurgencia de Nicaragua acoja el Plan de Paz, Daniel Ortega corta de un tajo toda posibilidad de diálogo y pretende elevar algunos centímetros su estatura política negociando no con los alzados en armas, sino con Estados Unidos. Así, el frenesí de propaganda se sobrepone a la buena fe.

Si estos son los testimonios irrecusables, procede correcta y prudentemente la resistencia nicaragüense, al proponer el diálogo, sin deponer, por ello, las armas. La escena del invitado que se sienta a la mesa solo y sin armas es de sobra conocida en la historia de Nicaragua. Y si la autocracia la representó, sus máximos actores y ejecutores han sido los regímenes totalitarios. El tránsito del desarme al asesinato o a la opresión total ha sido una constante del comunismo.

La prudencia aconseja, además, que, mientras el Gobierno de Nicaragua no derogue el estado de excepción y, con ello, brinde ciertas garantías constitucionales elementales a los ciudadanos, todo paso en dirección del diálogo y del cese del fuego debe ser mesurado. Si la guerrilla salvadoreña,alzada en armas contra un gobierno legítimo, expresión de la voluntad popular, disfruta de estos derechos no hay razón alguna para que la resistencia nicaragüense, en lucha contra un sistema ilegítimo y despótico, cuyos comandantes han asaltado el poder, no goce de ciertas garantías fundamentales.

Centroamérica es hoy un entrecruce de negociaciones en procura de la paz por medio de la democracia y de los derechos humanos. La esperanza no ha muerto aún, aunque el avance sea imperceptible. No obstante, ya se ha plasmado el primer logro: ha quedado claro que el único obstáculo para la pacificación de esta zona del mundo es el régimen causante de la guerra y de la opresión: el de Nicaragua. La resistencia nicaragüense conoce bien esta verdad.